

DON MANUEL JOSE QUINTANA Y SU ODA:

"A LA EXPEDICION ESPAÑOLA PARA PROPAGAR LA VACUNA EN AMERICA"

(Homenaje al poeta en el centenario de su muerte) *

Luis Monguió

El once de marzo último se cumplieron los cien años de la muerte de don Manuel José Quintana. Nacido en Madrid el 11 de abril de 1772, allí también falleció el 11 de marzo de 1857. Durante el siglo transcurrido desde esa defunción nunca ha mermado la apreciación de su conducta de hombre cabal, de patriota y de ciudadano. Llegado joven a los empleos y los honores, no vaciló, frente a la invasión napoleónica, en escoger entre los halagos que le ofrecían los agentes del francés y los azares de la vida errante entre las guerrillas patriotas primero y el precario refugio de la Cádiz sitiada después. Allí sirvió a España en peligro y empleó su pluma en defensa de la Patria y la Libertad. Re-

* Trabajo leído en la sesión del Grupo de Literatura Española de los Siglos XVIII y XIX (Spanish III) en la reunión anual de la Modern Language Association of America, en Madison, Wisconsin, el 11 de setiembre de 1957.

chazado de la Península el invasor, la política de Fernando VII tuvo a nuestro escritor, por liberal, y para decirlo con sus propias palabras: "cayendo en una prisión y procesado capitalmente, destinado a una larga detención y por ventura inacabable, privado en ella de comunicaciones y hasta de su pluma, saliendo de allí cuando menos lo esperaba, para subir y prosperar, y descendiendo luego para peligrar otra vez"¹. Sólo fallecido aquel rey volvió a verse Quintana rehabilitado en sus empleos civiles, en la Academia, varias veces Senador, finalmente tranquilo y universalmente respetado.

Con todo, quien nos interesa aquí primordialmente es el Quintana hombre de letras, de amplia labor en verso y en prosa. Pero en vez de intentar echar un vistazo a toda la obra de don Manuel José pensé que mejor sería, en los minutos de que dispongo, limitarme a considerar una sola de sus producciones y a través de ella tratar de percibir su arte y su pensamiento. Para este objeto he elegido entre sus poesías, ya que en el continente de Colón estamos, una que a este hemisferio se refiere, la oda "A la expedición española para propagar la vacuna en América", fechada en diciembre de 1806 y publicada en el tomo de *Poesías patrióticas* de su autor, de 1808².

La circunstancia que motivó la redacción de este poema es obvia. En 1798 el médico inglés Edward Jenner, el descubridor de la vacuna antivariolosa, había dado a conocer su descubrimiento en un trabajo titulado *Inquiry into the Cause and Effects of the Variolae Vaccinae*. Tras altibajos de resistencia y aceptación, su preventivo contra la viruela comenzó a extenderse. En el Continente los médicos experimentaron con el método j Jenneriano y España estuvo en ese punto a la hora de Europa. Tanto, que el mismo año de 1803 en el que por fin se establecía en Londres una sociedad real para la propagación de la vacuna Jenneriana, salía ya del puerto de La Coruña una expedición oficial española encabezada por el médico y naturalista don Francisco Javier

¹ *Obras completas del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana* (Madrid: M. Rivadeneyra [Biblioteca de Autores Españoles, Tomo XIX], 1852), p. 368. Las posteriores citas de textos de Quintana en el presente trabajo proceden (si no llevan otra indicación) de este tomo de la BAE, señalándose simplemente al fin de cada una, entre paréntesis, el número de la página en que se halla. En todas las citas he modernizado el sistema de acentuación gráfica.

² La reimprimió luego Quintana, con ligeras variantes, en las colecciones de sus poesías publicadas en 1813, 1821 y 1852. Ver Manuel José Quintana, *Poesías*, ed. Narciso Alonso Cortés (Madrid: Ediciones de "La Lectura" [Clásicos castellanos, 78], 1927), p. 47, 48 y 74. Las ediciones más asequibles en que puede leerse el poema son las citadas de la BAE, XIX, p. 4-6, y (con las variantes) la de Alonso Cortés, p. 74-80.

Balmis para llevar a la América española la linfa antivariolosa. Las Canarias, Puerto Rico, Venezuela la vieron llegar. Allí se dividió la expedición y Balmis pasó a Cuba y a México; de México marchó a las Filipinas y tras una residencia en el Oriente regresó a España dando la vuelta al mundo. Por su parte, el Vicedirector de la expedición, don José Salvany, y sus ayudantes, recorrieron la América del Sur, de Venezuela a Chile, transportando y propagando el método de salvación contra el azote varioloso³.

Pero propongan ustedes a un grupo de estudiantes de español en 1957 la lectura del poema de Quintana —yo lo he hecho— y su primera reacción antes de leerlo será —por lo menos— la sonrisa. ¿La invención de la vacuna, su propagación, sus beneficios, parecerán a priori objetos vulgares, no poéticos, a lectores de hoy?

Detengámonos, pues, un momento ante el título y el objeto del poema. ¿Por qué, en efecto, rapsodizar sobre una expedición para la propagación de la vacuna? En 1802, unos años antes de escribir esta oda, ya había expresado Quintana cuáles eran los objetos que ofrecía al público en sus poesías: "Los afectos que nacen de la amistad, la admiración que inspiran la hermosura y los talentos, el entusiasmo que encienden los grandes espectáculos de la naturaleza, la indignación hacia toda especie de bajeza que profane la dignidad de las artes; en fin, la exaltación por la gloria y por los descubrimientos que ennoblecen la especie humana"⁴. Y en una nota a su oda "A la invención de la imprenta" afirmaba también que dicha invención, como la de la pólvora, la de la aguja náutica, y algunas otras, "son objetos que pueden enriquecer la Poesía de una infinidad de bellezas originales"⁵. Sin duda el descubrimiento de la vacuna fue uno de ellos. ¿Serán hoy los objetos que expresaba Quintana —amistad, belleza, naturaleza, dignidad de las artes, gloria, descubrimientos científicos— menos elevados, menos poéticos, que lo fueron para él? No lo creo. En fe de ello no tendríamos más que leer, por ejemplo, algo del último Neruda, el de *Odas elementales* y *Nuevas odas elementales*, para descubrir parecidos objetos de

³ Ver, por ejemplo, G. Díaz de Yraola. "La vuelta al mundo de la Expedición de la Vacuna", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, IV (1947); y Gabriel Giraldo Jaramillo, "Una misión heroica de España: La Expedición de la Vacuna", *Estudios históricos* (Bogotá, 1954), p. 275-297.

⁴ En la dedicatoria de sus *Poesías* de 1802. Verla en *Poesías*, ed. Narciso Alonso Cortés cit., p. 53. El subrayado en el texto es mío.

⁵ Nota de Quintana en sus *Poesías* de 1802. Verla en *Poesías*, ed. Alonso Cortés cit., p. 215, n. al v. 24.

poesía. El léxico y la dicción serán diferentes —no en vano pasan los años— pero la base es la misma. Si en vez de hablar de "la exaltación... por los descubrimientos que ennoblecen la especie humana" se nos habla ahora de "poner el cielo en la tierra y hacer de los hombres sus gobernantes"⁶, lo adjetivo será distinto pero lo sustantivo es análogo: Que el hombre suprima de la tierra la viruela o hacer que el hombre sea un gobernador de la tierra para que haga de ella un paraíso, es sustancialmente uno y lo propio. Podemos, pues, leer como objeto poético válido para Quintana y válido para nosotros —considerándola claro está dentro de su género y de su tiempo— la oda a la vacuna.

Se compone ésta de nueve estrofas de 15 a 24 versos endecasílabos y heptasílabos, en distintas combinaciones en cada una. Es decir, que usa Quintana de la libertad en la estructura del poema, situándose así en la tradición clásica con respecto a esta suerte de composiciones, no en las prisiones preceptivas de la escuela hermosillesca.

El tono del poema es por momentos imprecatorio, por momentos reflexivo, por momentos heroico y ardiente; siempre es elevado. La locución es elegante. Ciertamente, hoy parecen lugares comunes la "apacible juventud", el hado "inclemente y fiero", "el eterno libro de la vida", etc., pero nos lo parecen precisamente porque hemos leído a Quintana y, en poesía, las novedades de ayer son los lugares comunes de hoy (Anteayer se burlaba Quevedo de otras novedades tales como "candor", "adolescente", "frustra", "líquido", o "nocturno", y hoy están en la boca de cualquiera). Y qué habilidad tiene Quintana para elevar los objetos de su verso. Así, por ejemplo, es de las tetas de la vaca de donde se obtuvo primero el antídoto de la viruela; pues él lo dice así: "La esposa dócil del celoso toro / de este preciso don fue enriquecida, / y en las copiosas fuentes le guardaba, / donde su leche cándida a raudales / dispensa a tantos alimento y vida". ¿Puede pedirse más? Años más tarde dirá el romántico que quiere designar al cerdo por su nombre, y tal le será concedido, y bien concedido, en su tiempo y en su ambiente; pero en aquellos en que Quintana escribía su poema las perífrases citadas eran los adornos de un pensamiento y un lenguaje distinguidos que no podían más que merecer el elogio de sus lectores. Y el nuestro, si no hemos perdido el sentido de la perspectiva. Sentido de la perspectiva que por cierto el propio Quintana poseía muy agudo pues cuando las nuevas modas de llamar cerdo al cerdo y vaca a la vaca penetraron en la poesía él dejó de escribirla y se limitó a la prosa

⁶ Alfredo Cardona Peña, *Pablo Neruda y otros ensayos* (México, 1955), p. 75.

⁷ *Obras de don Francisco de Quevedo*, BAE, Tomo LXIX, p. 500 ("Aguja de navegar cultos").

durante el resto de su vida. Exquisito ejemplo de poeta que conoce las cuerdas de la lira que puede, y que quiere, hacer sonar.

El poema empieza con una invocación (en dos estrofas) del poeta a la "¡Virgen del mundo, América inocente!" Cliché de la Ilustración, se dirá. Novedad de la Ilustración más bien. No olvidemos que América no fue "inocente" hasta el Iluminismo. Antes había sido la tierra en que el Demonio había logrado que el indio cayera en las más abominables aberraciones, de las que sólo el Descubrimiento y el Misoneísmo habían venido a sacarle⁸. Son los hombres del XVIII, y Quintana con ellos, quienes retoman el hilo de la creencia renacentista en el hombre natural, en el indio inocente, que Colón había hilado en su carta de 1493 y que Las Casas no había logrado imponer al materialismo de los Sepúlveda, al sentimiento moral horrorizado de los Sahagún o al sentido práctico de los Motolinía. Quintana participaba plenamente en la visión iluminista: En su poema de 1797, "A Juan de Padilla", ya había aludido a lo que el furor hispánico había hecho en los "sencillos lares" del indio, en "la inocente América" (4 b). Y en esta visión se mantuvo toda la vida; en efecto, impresiona la persistencia del vocablo, reflejo de la persistencia de una convicción⁹.

En la invocación aludida figuran también las demás convicciones de la Ilustración sobre la juventud y la riqueza de América. En Quintana ésta debe proceder de la obsesión aurífera, y su cumplimiento, que descubría en los conquistadores y que tan vividamente presentó años más tarde en las *Vidas de españoles célebres* que a América se referían, las de Balboa, Pizarro y Las Casas.

Con la inocencia, juventud y riqueza de América contrasta Quintana a renglón seguido la suerte inclemente y fiera del continente a manos de sus conquistadores. Hombre sensible y filantrópico, dice: "si hubo vez en que mis ojos / los fastos de tu historia recorriendo, / no se hinchasen de lágrimas; si pudo / mi corazón sin compasión, sin ira, / tus lástimas oír, ¡ah!, que negado / eternamente a la virtud me vea", etc. Tenía don Manuel José, y bien clara y repetidamente lo proclamó en

⁸ Ver, por ejemplo, Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México* (México, 1950), p. 29-77.

⁹ Nótese las fechas de la apelación "inocente" referida a América: 1797, 1806. Muchos años más tarde, en 1833, en su *Vida del Padre Las Casas* dice que un misionero, el primero que entró en contacto con ciertos indios, los halló: "hombres groseros y rudos en demasía, repugnantes por su desaseo y desaliño; pero ingeniosos, inocentes, nada sanguinarios ni crueles, y dóciles sobre todo a las sugerencias de la humanidad y de la razón" (457). El subrayado es mío.

prosa y verso, una "inflexible aversión a la injusticia" (1), y aun cuando los actos de injusticia hubieran sido cometidos por sus compatriotas, aunque clamasen contra su patria, los abominaba, porque "por lo que a mí toca —dijo— diré que donde quiera que encuentre, sea en lo pasado, sea en lo presente, agresores y agraviados, opresores y oprimidos, por ningún respeto de utilidad posterior, ni aun de miramiento nacional, puedo inclinarme a los primeros ni dejar de simpatizar con los segundos... Demos siquiera en los libros algún lugar a la justicia ya que por desgracia suele dejársele tan poco en los negocios del mundo" (369).

Pero, sigue diciendo el poema, que los españoles ya no eran en aquel tiempo lo que fueron en el siglo XVI. Parece decir que ellos habían pagado con tres siglos de expiación, con la decadencia de la propia Península, los crímenes cometidos por los conquistadores con la inocente América (como los otros desafueros cometidos por otros españoles con "la Africa esclava", "el Bático industrial" o "la dulce Italia [4^a]). ¿Serían pues ya los españoles, como lo eran sin duda el poeta y sus amigos, miembros de aquel grupo que "abrió la puerta a la luz que brillaba a la sazón en toda Europa"? (110). La respuesta que América da en la estrofa siguiente (3^a del poema), y el ejemplo de la gesta benéfica y humanitaria de Balmis que se ensalza, permiten aceptar tal interpretación.

En efecto, en su respuesta a la invocación del poeta, América contesta: "Los mismos ya no sois... / ...Yo olvidaría / el rigor de mis duros vencedores: / su atroz codicia, su inclemente saña / crimen fueron del tiempo y no de España". A través de toda su obra no se cansa Quintana de señalar la codicia, la esperanza de riquezas, la violencia utilizada para adquirirlas, como los vicios dominantes del conquistador (Ver, por citar un solo ejemplo, 282 b). Tanto, que a veces esa codicia, ese amor por el oro del aventurero del siglo XVI, le inspiran trozos de rutilante prosa como aquel que parece una anticipación de la "Canción del oro" dariana: "... los aventureros que iban a la América no soñaban sino oro, y era oro lo que buscaban allí, oro lo que quitaban a los indios, oro lo que estos les daban para contentarlos, oro lo que sonaba en sus cartas para hacerse valer en la corte y oro lo que en la corte se hablaba y codiciaba..." (294 a)¹⁰. Codicia y saña que, sin embargo, "crimen fueron del tiempo y no de España". Ciertamente no pierde el suyo Quintana en replicar a los extranjeros que acusan a la sola España de esos vicios con otros ejemplos análogos o peores sa-

¹⁰ Cfr. "La Canción del oro" (1888) con su ritornello "¡Cantemos el oro!" en *Cuentos completos de Rubén Darío*, ed. Ernesto Mejía Sánchez (México, 1950), p. 70-74.

cados de la historia de sus propios países (369); pero hombre imparcial y con sentido histórico exclama también: "No plegue a Dios que la pluma con que esto se escribe propenda a disminuir en un ápice el justo horror que se debe a los crímenes de la codicia y de la ambición; pero es preciso ante todas las cosas ser justos, y no imputar a los particulares la culpa propia del tiempo en que vivieron" (305 b).

Con todo, América —aun olvidados los sufrimientos pasados— no puede menos de seguir llorando los entonces presentes, entre los que se contaba el horrible de los estragos de la viruela, enfermedad de europea importación en este continente.

Afortunadamente, continúa el poema (estrofa 4*), en Inglaterra Jenner revela al mundo el antídoto que la naturaleza ofrece contra tal enfermedad y "A tan inmenso don agradecida / la Europa toda en ecos de alabanza / con el nombre de Jenner se recrea". En este punto no debe dejar de notarse que este poema está fechado en 1806, escasamente un año después de que la escuadra inglesa inflingiera a una franco-española la definitiva derrota de Trafalgar. Muestra así Quintana en su elogio de Jenner su sentido de la supranacionalidad del humanitarismo, algo que está por encima aún de su tan vívido amor patrio. Inglés o no, enemigo o no, el genio del científico, del filántropo Jenner, ha de ser exaltado. ¿Cómo no iba a hacerlo así Quintana si hasta en su poema de 1805, "Al combate de Trafalgar", escrito y publicado semanas después del desastre, había tenido la magnanimidad —difícil en el vencido— de decir de Nelson: "inglés te aborrecí, y héroe te admiro"? (18 a). Nada había de nimio en los sentimientos del poeta.

Ante el descubrimiento de Jenner todo lo que llena el pecho de Balmis, continúa Quintana (estrofa 5*), es un sentimiento de noble emulación; pero hay unos versos en esta estrofa que, a pesar de todo el cientifismo del poeta, tienen algo del sabor racial del "qué inventen ellos". Dicen: "El don de la invención es de fortuna. / Gócela allá un inglés; España ostente / su corazón espléndido y sublime, / y dé a su majestad mayor decoro, / llevando este tesoro / donde con más violencia el mal oprime". Es decir que lo que interesaba a Balmis, según su cantor, era ante todo lo ético, la acción moral: "Yo volaré, que un numen me lo manda, / . . . y en medio de la América infestada / sabré plantar el árbol de la vida". Será el numen de la filantropía quien en 1803 impulsará a Balmis a llevar el bien a América (en contraste, a los ojos de Quintana, con las harpías de la codicia que impulsaron a los conquistadores). Esa filantropía que en el hecho de hacer el bien halla el supremo galardón, es también una de las ideas maestras del poeta, como

lo fue de toda la Ilustración y como lo fue del primer liberalismo, el de aquella Constitución de Cádiz de 1812 que pedía que todos los españoles fueran "justos y benéficos"¹¹. En un poema que Quintana dedicó a Jovellanos cuando éste en 1797 fue encargado del Ministerio de Gracia y Justicia, se ve igualmente claro este concepto: Sueña el patricio con nuevos mundos mejores "y de virtudes / y de ventura celestial los llena / ... y del orbe en el bien el suyo mira" (24 b), altruismo puro.

En las dos estrofas siguientes de la oda a la vacuna (la 6ª y la 7ª) se transporta Balmis a América y el poeta pide al mar bonanza durante el viaje. Pero aunque Balmis tenga que afrontar los peligros del Atlántico no serán los de la naturaleza los peores que le aguardan; los peores son los que proceden del "hombre impio, / encallado en el error, ciego, envidioso". La filantropía de Quintana no es utópica, conoce la perversión contra la cual el hombre ilustrado ha de luchar en la consecución de sus nobles intentos. Así lo mismo en la composición a Jovellanos antes citada que en la que nos ocupa previene el poeta a sus héroes contra la maldad, producto de la ignorancia, que los ha de atacar y los anima a la lucha: "insiste, combate, vence", dice a Jovino (24 b); insistencia, tesón, porfía, recomienda a Balmis. Así, la "insolente estupidez" (24 b) no prevalecerá.

Luego, en la penúltima estrofa del poema, en un rápido crescendo, se ve a Balmis purificar las venas americanas del tóxico de la viruela y se le ve pasar al Oriente donde Confucio le envidia la virtud de su empresa. Por fin, en la última estrofa, Quintana declara en efecto tan virtuosa empresa digna del grande hombre que era Balmis en cuyo honor cantará himnos de agradecimiento en el futuro un pueblo, el de América, crecido en número gracias a los beneficios de la expedición humanitaria del médico alicantino.

Virtud ve Quintana en la empresa de éste. Virtud, palabra mágica en la pluma del poeta: "el santo amor de la virtud" paralelo de "la inflexible aversión a la injusticia", a la opresión y a la servidumbre, que le enseñó Cientuegos (1); "el celo por la gloria y adelantamiento de su patria, aprendido en la escuela y bajo la inspiración de la virtud", que admiró en Cadalso (109 b); "la virtud, la verdad", asilos del ejemplar Jovellanos (25 a). "Bien digna [la obra de Balmis] / de aquella luz altísima y divina, / que en días más felices, / la razón, la virtud aquí encendieron", repite. La virtud, y la razón, esa "razón fuerte y vigorosa" (110) en cuyo ejercicio no dejó de creer Quintana quien, hasta en

¹¹ Artículo 6º de la Constitución Política de la Monarquía Española promulgada en Cádiz a 19 de marzo de 1812 (Cádiz: Imprenta Real, 1812), p. 4.

los momentos de mayor infortunio esperó lo que él llamaba soluciones racionales (ver, p. ej., 553 b).

La admiración por la amistad, la hermosura, el talento, la naturaleza, la dignidad de las artes, la gloria y los descubrimientos científicos, el amor por la humanidad inocente, la aversión a la injusticia, la simpatía por los oprimidos, las ideas de justicia, de tolerancia, de magnanimidad, de humanitarismo, de filantropía y de beneficencia, los principios de la virtud, de la verdad y de la razón, son los temas que la rápida revisión de un solo poema de Quintana nos ha permitido observar en el poema mismo y en los poquísimos otros textos suyos que hemos utilizado para comentarlo. No hace mucho leíamos a un gran poeta actual quien pedía a su poesía que fuera "utilitaria y útil, / como metal o harina, / dispuesta a ser arado, / herramienta, / pan y vino"; que fuera útil para cantar, "verdad, virtud, vertiente, / victoria cristalina"¹². Con distinta elocución, probablemente con distintas ideas sobre lo que sean la verdad y la virtud, le veíamos sin embargo dentro de una tradición de la que Horacio, Quevedo, o Quintana, son también representantes, cada cual en su época, y representantes que en la continuidad de la historia nos hablan con voz que entendemos todavía, que tiene así —además de la virtualidad que tuvo en sus días— virtualidad para nosotros.

Describía Quintana el pensamiento de un amigo con estas palabras:

Los principios de su filosofía eran la humanidad, la beneficencia, la tolerancia; él pertenecía a esa clase de hombres respetables que esperan del adelantamiento de la razón la mejora de la especie humana, y no desconfían de que llegue una época en que la civilización, o lo que es lo mismo, el imperio del entendimiento extendido por la tierra dé a los hombres aquel grado de perfección y felicidad que es compatible con sus facultades y con la limitación de la existencia de cada individuo (120).

No es forzar el simil aplicar estas palabras al pensamiento y a la personalidad del propio Quintana que el poema aquí examinado nos descubre. Y admira percibir en esas expresiones del concepto de per-

¹² Pablo Neruda, *Odas elementales* (Buenos Aires, 1954), págs. 169 y 189, respectivamente. Cfr. mi trabajo "El concepto de poesía en algunos poetas hispanoamericanos representativos", *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, XXIII, 4 (Abril, 1957), p. 109-132.

fectibilidad y de previsto adelantamiento un ejemplo español de la transición del pensamiento europeo hacia un concepto evolucionario del mundo y de la naturaleza. Y no está hoy día el mundo tan adelantado que esa aspiración ya más que centenaria de don Manuel José no nos parezca todavía una aspiración, una noble aspiración. Ni podemos olvidar en nuestros días en que la suerte de la libertad está siempre en entredicho que Quintana, tan racionalista, veía en ella algo más profundo, algo más hondo, algo más vital, que la razón misma, puesto que la sentía como la base y sustento de todo su ser y todo su vivir: "La libertad —dijo— es para mí un objeto de acción y de instinto, y no de argumentos y de doctrina" (432), palabras en las que sentimos vibrar una fibra de nuestro tiempo.

No se engañaron pues los directores de este grupo al querer que conmemoráramos a don Manuel José Quintana en el centenario de su muerte. Conmemorémosle, en efecto, manteniéndolo vivo en su obra, porque ésta con todas las notas de época que nos expresan su sentido para su tiempo, tiene sin duda alguna como hemos visto sentido para el nuestro. Conmemorémosle, sí, leyéndolo y haciéndolo leer.

